

La democracia del futuro

Por Ricardo Pallares

(Comunicación hecha en el diario La Diaria, el 15/09/2015, en conmemoración del Día del Futuro en el marco del Programa para el Fortalecimiento de las Artes de la Intendencia de Montevideo.)

Para que la democracia y el futuro sean posibles y se extiendan requieren una participación generalizada que construya humanidad en libertad. Además requieren una creación social permanente, integradora, crecientemente calificada en términos de vida humana asociada y pertinencia comunicativa ya que el lenguaje y su empleo eficaz es instrumento privilegiado para la creación en la cultura.

Los fines planteados tienen como requisito una necesaria participación que incluya la utilización de los medios electrónicos y digitales, las redes sociales y demás formas y medios comunicativos de la llamada revolución tecnológica.

Como se ve estamos muy lejos de alcanzar tales objetivos y fines.

La democracia como sistema político humanizador avanza con lentitud en lo cuali-cuantitativo y a veces, en los lugares donde existe, tiene grandes y severos retrocesos. Ello preocupa tanto como el debilitamiento que esa demora genera en los países y naciones que optaron por formas democráticas. Por tanto falta mucho para una posible y significativa extensión de la democracia como sistema de vida. Abundan los imperios, los regímenes no electivos, los emiratos, califatos, monarquías, teocracias, dictaduras, autoritarismos, las organizaciones tribales, chamánicas o no, de las comunidades aborígenes, etc., como para que podamos pensar en cambios sustantivos en el mediano plazo.

Sin duda que la democracia en tanto que organización asentada en el sufragio universal, el derecho público y privado, las garantías constitucionales, las del debido proceso y la irrestricta libertad de conciencia y de expresión del pensamiento necesita que se amplíe en el futuro en procesos expansivos que lleguen a alcanzar formas de democracia económica, cultural y social.

Sin concebir al futuro como una construcción paralela a la construcción de democracia no hay viabilidad de uno ni de la otra. Uno y otra requieren las premisas de inclusión, de participación deliberativa, de orden jurídico, de paz y de una ética que sea universalizable.

En otro orden de cosas parece que muchas veces la intervención de los actores de los sistemas políticos en procura de soluciones a los grandes problemas de nuestro tiempo, generan su agravamiento. Esto ocurriría porque las lógicas específicas que requieren las soluciones particulares y globales son interferidas o interceptadas por las lógicas económicas y político-electorales atentas a otros pragmatismos y utilitarismos.

Para que todos estos requerimientos se reunieran sería decisivo que los estados trazaran políticas públicas, facilitaran y propiciaran amplios consensos acerca de lo colectivo sin la determinación de intereses economicistas del capital financiero nacional y multinacional.

En un mismo sentido propositivo serían especialmente importantes las acciones conducentes a la articulación de políticas públicas y gobernanza, que generaran el acceso de las personas al trabajo, a la vivienda, la salud y la educación integral e integradora.

También serían importantes las agendas de derechos humanos y las acciones en procura del reconocimiento de la diversidad, la heterogeneidad de las culturas, las etnias, los géneros, las naciones, las territorialidades, las historias locales y las identidades múltiples que se advierten al interior de las naciones, de los países y sus poblaciones.

Pero las dificultades se agravan y se vuelven desafíos a tener en cuenta a poco de advertir que las sociedades humanas tienen muy diversos y heterogéneos estadios de evolución tanto en un sentido sociológico como cultural y espiritual. Es así hasta el punto de que hay poco en común entre naciones tribales, aisladas en zonas selváticas, de economías de subsistencia, y las naciones hiper desarrolladas que llevan adelante la investigación y exploración del espacio exterior. Por ahora estas brechas son insalvables.

De manera que las acciones conducentes a la nivelación integradora suponen pensar en el muy largo plazo, en acuerdos internacionales capaces de financiamiento para estrategias y acciones a diseñar y ejecutar según consensos sostenibles en el tiempo.

Pero igualmente la democracia del futuro requeriría:

- a) que la educación básica fuera plenamente alfabetizadora y que en lo posible también brindara una cultura general letrada,
- b) que la alfabetización informática y digital fuera crítica y funcional, y
- c) que la integración social para la cohabitación en el mundo propiciara el respeto más que la tolerancia, ya que esta última supone sobrellevar o soportar mientras que el respeto reconoce, permite y legitima en toda otra persona lo que puede ser ajeno a cada sujeto.

De esta manera la democracia favorecería perfiles ciudadanos acompasados con los macro procesos sociales y culturales requeridos, favorecería el cambio respetando cartografías, referencias, valores y fines particulares.

Según este enfoque la democracia conduciría a propiciar un perfil de sujeto capaz de participación deliberativa, de respeto a los diferentes, de problematización reflexiva y de una visión lo más autónoma posible según rasgos éticos básicos y generalizables.

Si la democracia construyera una convivencia y cohabitación inclusivas en las que las diferencias no fueran excluyentes, facilitaría la viabilidad del futuro, fomentaría el pensamiento y la actitud críticas que dan lugar a conductas de convivencia con libertad de conciencia sin dogma que se imponga a otros.

Al mismo tiempo la libertad de la conciencia y la convivencia inclusiva facilitarían la república y los roles ciudadanos ya que suponen la elección de autoridades y frenos a la discrecionalidad gubernamental.

En la actualidad los futuros roles ciudadanos podrían vincularse firmemente con la idea de democracia y de la educación general ya que, por el momento, la conciencia ciudadana y humana quedan cada vez más alejadas del conocimiento científico y tecnológico y permanecen impotentes ante los grandes asuntos y cuestiones a resolver. La educación pública masiva y ajena a las doctrinas religiosas, filosóficas, estéticas o morales y a los dogmas en ciencia podría disminuir la brecha entre los pueblos y entre quienes crean y detentan los saberes estratégicos.

No se oculta que los puntos de vista sobre un futuro posible para todos, obligarían a la necesaria separación de las iglesias y los estados y a la organización republicana en procura de legitimaciones electorales libres y garantistas.

La realización de lo colectivo en el futuro requiere un individuo respetuoso, con disponibilidad racional, capaz de autonomía ante los medios de comunicación social y masiva, y frente al mercado del consumo internacionalizado. También requeriría un individuo capaz de autonomía ante los dogmas o al menos un individuo que fuera capaz de asumir su confesión religiosa como una entre otras, en una misma horizontal. Requeriría flexibilidad ante los valores de los otros y permitiría descubrir que los valores personales lo son por opción personal o por la condición del sujeto y que por tanto el valor del valor no es absoluto.

Para lograr estas posibles realizaciones el sujeto tendría que disponer de igualdad a punto de partida y de posibilidades reales para el ejercicio fehaciente y concreto de sus derechos humanos, constitucionales, civiles y políticos.

Para estas condiciones sería necesario refundar en las jóvenes generaciones la vivencia de la humanidad como un valor en sí, que se revela como acto de conciencia individual y activa de pertenecer a un mismo mundo o planeta aunque estemos en estadios de cultura diferentes. Es decir, requeriría algo más que los conceptos y categorías que impone la globalización o mundialización de la economía de mercado, de la moda, el consumo y las finanzas.

En la formación de dicha conciencia la vivencia de lo global como comunidad, en los términos que aquí se plantean, conduciría a una conciencia activa y a un autocontrol responsable en el marco de las referencias e identidades de cada individuo.

Para llegar a tener este tipo de conciencia la democracia tendría gobiernos capaces de propiciar la participación y una formación en valores no discursiva ni simbólica sino activa y en escenarios colectivos.

Democracia y escuelas básicas van de la mano en un proyecto capaz de integrar las verdades particulares de todos y cada uno con una actitud flexible y racional que permita descubrir que la verdad es más que cuanto se pueda decir de ella. Que la verdad como búsqueda permite imaginar un infinito progresivo de posibilidades inacabables.

En 1938 en el libro *Fermentario* el filósofo Carlos Vaz Ferreira, en un pasaje del Capítulo "Ciencia y metafísica", escribió:

"En medio del 'océano para el cual no tenemos ni barca ni velas', la humanidad se ha establecido en la ciencia. La ciencia es un témpano flotante.

Es sólido, dicen los hombres prácticos, dando con el pie; y, en efecto, es sólido, y se afirma y se ensancha más cada día. Pero por todos sus lados se encuentra el agua; y si se ahonda bien en cualquier parte, se encuentra el agua; y si se analiza cualquier trozo del témpano mismo, resulta hecho de la misma agua del océano para el cual no hay barca ni velas. La ciencia es Metafísica solidificada.

Es sólido, dicen los hombres prácticos dando con el pie. Y tienen razón: y, también, nada es más útil y meritorio que su obra. Ellos han vuelto el témpano habitable y grato. Miden, arreglan, edifican, siembran, cosechan...

Pero esa morada perdería su dignidad si los que la habitan no se detuvieran a veces a contemplar el horizonte inabordable, soñando con una tierra definitiva; y hasta si continuamente algunos de ellos, un grupo selecto como todo lo que se destina a sacrificios, no se arrojaran a nado, aunque se sepa de antemano que hasta ahora ninguno alcanzó la verdad firme, y que todos se ahogaron indefectiblemente en el océano para el cual no se tiene barca ni velas."¹

El desarrollo precedentemente transcrito ilustra cumplidamente qué tipo de perfil de egresado de las escuelas básicas de la democracia habría que tener para avanzar en dirección a un futuro participado e integral que no fuera simple utopía.

Una dificultad agregada proviene de las rupturas generacionales -acerca de las cuales Margaret Mead, por ejemplo, teorizó en la séptima década del siglo pasado- que son resultado del cambio cultural y de la civilización. M. Mead escribió:

"Las distinciones que marco entre tres tipos diferentes de cultura -*postfigurativa*, en la que los niños aprenden primordialmente de sus mayores; *cofigurativa*, en la que tanto los niños como los adultos aprenden de sus pares, y *prefigurativa*, en la que los adultos también aprenden de los niños- son un reflejo del período en que vivimos. Las sociedades primitivas y los pequeños reductos religiosos e ideológicos son principalmente postfigurativos y extraen su autoridad del pasado. Las grandes civilizaciones, que necesariamente han desarrollado técnicas para la incorporación del cambio, recurren típicamente a alguna forma de aprendizaje cofigurativo a partir de los pares, los compañeros de juegos, los condiscípulos y compañeros aprendices. Ahora ingresamos en un período sin precedentes en la historia, en el que los jóvenes asumen una nueva autoridad mediante su captación prefigurativa del futuro aun desconocido." [...]

"Hoy, súbitamente, en razón de que todos los pueblos del mundo forman parte de una red de intercomunicación con bases electrónicas, los jóvenes de todos los países comparten un tipo de experiencia que ninguno de sus mayores tuvo o tendrá jamás. A la inversa, la vieja generación nunca verá repetida en la vida de los jóvenes su propia experiencia singular de cambio emergente y escalonado. Esta ruptura entre generaciones es totalmente nueva: es planetaria y universal."²

¹ Vaz Ferreira, Carlos. *Fermentario*. Edición del Ministerio de RREE y UTU, Montevideo, 2005 p. 131

² Mead, Margaret. *Cultura y compromiso*. Granica Editor. Buenos Aires, 1970

Ahora bien, volviendo al tema de los valores considerado más arriba se puede decir que la formación de nuevos valores universales necesitaría fundarse en experiencias comunitarias y colaborativas de diverso tipo e intensidad según las edades, orígenes, nacionalidades, culturas y tradiciones.

Por de pronto se profundizaría en la formación de los cuatro valores fundamentales que aparecen mencionados en la mayoría de los documentos de Naciones Unidas de las últimas décadas: la libertad, la igualdad, el respeto y la solidaridad, valores que suponen conjuntos de otros valores asociados a cada uno de ellos. (Así, por ej. la justicia se asocia a la libertad y a la igualdad, el altruismo al respeto, el amor al prójimo a la solidaridad, la verdad al respeto, etc.)

La democracia tendría que ofrecer oportunidades de vivir los valores como sentimientos e ideas que se asocian y están situados en el campo de las verdades particulares pero inacabadas en tanto que construcciones subjetivas y colectivas impregnadas por las historias particulares de los pueblos y sus culturas en las que se imbrican las historias personales y sectoriales.

Las realidades y las territorialidades múltiples que generalmente se definen por oposición a las hegemonías, deberían dar posibilidades reales de vivir los valores como valores internacionales a través de cada una de las historias particulares. Ello sería posible fundamentalmente a través de la educación.

Tampoco se oculta que la democracia del futuro tendría que re-configurar a los organismos internacionales para que recuperen todas las potestades reguladoras y limitadoras declaradas en los acuerdos de los estados signatarios.

Paralelamente sería fundamental la existencia generalizada de escuelas de libre acceso, primarias y secundarias, capaces de refundar y actualizar permanentemente los contratos sociales tácitos que les dieron origen a principios del siglo XX en Occidente, a los que habría que agregar la convivencia etoecológica y la preservación del medio ambiente, la sostenibilidad social de todos los proyectos e innovaciones en tanto que construcciones colectivas que tengan como fin la universalización de lo humano.

Las escuelas tendrían que refundar una moral autónoma, es decir la que gesta un imperativo interior y no una imposición externa al sujeto, con ajuste a catecismos o formulaciones doctrinarias reveladas o emanadas de escritos o autoridades incuestionables.

Para ello habría que pensar en una moral de base kantiana y habermasiana y las escuelas tendrían que asumir una concepción laica en materia de verdad en política, ciencia, filosofía, arte y religión como requisito de las prácticas de la libertad y como único impedimento legítimo de los fanatismos y toda otra pasión o irracionalidad sistematizada.

Según este planteo la escuela además de la alfabetización propiamente dicha, además de la alfabetización digital y la convivencia integradora debería conducir al reconocimiento de que "no debo obrar nunca, más que de modo que pueda querer que mi máxima se convierta en ley universal" (Immanuel Kant)³.

Finalmente el Estado y los medios no podrían obstaculizar "la deliberación pública centrada en razones universales y desinteresadas a cargo de sujetos libres e iguales preparados por una educación abierta hecha y vivida con tales fines" (Jürgen Habermas)⁴.

Dicho de otra manera: habría que pensar en términos de equilibrios financieros negociados internacionalmente, de equilibrios productivos, ecológicos y sociales, en formas de equidad y justicia generalizadas como requisitos para la continuidad y perpetuación de la especie y para la consagración de la libertad en toda su extensión imaginable en tanto que condición y garantía.

Así, a modo de ejemplo, habría que acordar la supresión de la guerra portátil, la contaminación ambiental y de los agentes del cambio climático, la manipulación genética o cualesquiera otra de base científica o tecnológica, habría que acordar la supresión de la dominación productiva y distributiva, económica, financiera o de bloques regionales, económicos, mercantiles y culturales.

Por ahora nos corresponde iniciar una reflexión en medio de guerras focales que se desplazan según estrategias de intereses financieros multinacionales asociados con los intereses políticos, globales y hegemónicos, en medio de los dramas sociales de todas las otras formas de violencia, de la persecución, la

³ Kant, Immanuel. *Crítica de la razón práctica*. Espasa Calpe, Madrid, 1981.

⁴ Habermas, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*. t. 1. Taurus. Madrid. 1987.

indigencia planetaria, la exclusión, la enfermedad, la carencia de alimentos, de vivienda, trabajo, salud y educación que afecta casi a la mitad de la población mundial.

La reflexión no debe ser un paliativo o consuelo sino un aporte para una conciencia activa y expansiva capaz de construir futuro en democracia y capaz de conducir a los estados a la adopción de políticas según estos principios. La reflexión debe aportar no a una democracia de palabras sino de hechos para que no se sigan repitiendo, para poner un ejemplo entre otros muchos, las cacerías anuales de unos sesenta mil niños, muchas veces con el resultado muerte, en el estado de Chiapas, para que no crucen a los EEUU en busca de un supuesto destino mejor.

Para que el Mediterráneo que fue cuna de culturas no siga siendo cementerio marino para los inmigrantes que huyen con precariedades infrahumanas de los violentos infiernos políticos, religiosos, económicos, sociales y étnicos.

Es necesario pensar el futuro como un escenario común, socialmente participado en su construcción y disfrute. Los desafíos generados por la nanotecnología, la biología molecular y la genómica, la informática y la invención de la inteligencia artificial asociada a la robótica, entre otros muchos, a modo de ejemplo, se pueden encarar positivamente si hay opciones de libre participación socio constructora en medios integrados sobre la base de una educación común liberadora.

Montevideo, 2015